

INTRO



La estatuilla



El niño está solo en casa. Tiene ganas de jugar. Va de un juguete a otro buscando uno que le permita llenar los minutos con la imaginación y la energía que surgen naturales de su cuerpo. El niño opta por el *Lego*. Abre la caja, se arrodilla, vacía las fichas sobre el piso de parquet. El sol de la tarde resbala anaranjado por las paredes de la habitación. Se pone a armar naves espaciales, autos imposibles, casas futuristas que cobran vida en el espacio purísimo de su mente. Es un niño como todos. No es necesario describirlo. El olor de la casa vacía llena el aire. Es el olor del silencio. Es el olor del tiempo. Es el olor de la memoria. De pronto, el niño levanta la mirada y ve la pelota de fútbol en un rincón del cuarto. Se le antoja practicar. Quiere ver si le es posible lograr más de diez dominadas seguidas. Se olvida del *Lego*. Se levanta. Las fichas de colores quedan regadas sobre el piso de parquet: charco de la imaginación. El niño toma la pelota. Huele a cuero. Huele a risas. Huele a gol. Luego del primer intento, se da cuenta de que el espacio de la habitación no es suficiente. Le provoca salir, pero sabe que no puede hacerlo sin permiso. El niño duda, piensa que nadie dirá nada si sale sólo a la puerta, pero opta por quedarse. No le gusta desobedecer. Es un niño bueno. Entonces, decide bajar a la sala. Ahí tendrá más espacio. Toma la pelota

y baja las escaleras. Está emocionado. Sabe que si logra hacer las diez dominadas impresionará a los amigos en la escuela. Se para en medio de la sala. Se concentra y deja caer la pelota sobre el empuje: uno, dos, tres, cuatro, cinco... No le sale bien. Recoge la pelota y lo vuelve a intentar: uno, dos, tres, cuatro... Otra vez falla, pero sabe que está cerca. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... Entonces sucede lo otro, lo inesperado. La pelota vuela directo hacia uno de los adornos favoritos de su madre. La estatuilla blanca gira en el aire. En cámara lenta gira. En silencio se hace añicos. Explota en astillas de porcelana. El niño se queda estático. La pelota deja de rebotar en el otro extremo de la sala. El desconcierto inicial es reemplazado por el miedo. El miedo terrible tras el que se esconde el castigo. El castigo es un fantasma que ya conoce bien. Mira el reloj de pared. Sabe que sus padres llegarán pronto. El miedo aumenta. La casa huele a castigo. El niño se abalanza sobre el adorno. Recoge las piezas. Su reacción primera es la de intentar arreglarlo. Une las piezas. Piensa que es posible. Sube corriendo en busca de la goma y baja. Los segundos retumban en toda la casa. El reloj grita. Huele a castigo y a falta de tiempo. El niño no puede. La goma no sirve. Nunca antes había intentado pegar porcelana. No funciona. Los pedazos no se unen. El tiempo alimenta al miedo. No funciona. El niño no sabe qué hacer. Piensa en esconder el adorno. En borrar el accidente. En rezar. En no ser descubierto. Tiene ganas de llorar. Una y otra vez intenta pegarla sin éxito... Llegan los padres. La estatuilla no está. La pelota tampoco. Se saludan. Cenan. Se acuestan. El niño no puede dormir. La estatuilla rota debajo de la cama contiene toda la culpa. La oscuridad de la casa es la oscuridad de su cuerpo. Huele a noche. Huele a angustia. Huele a soledad. La verdad es imposible. El niño se

duerme. No sueña. A la mañana siguiente, su madre lo despierta. El niño abre los ojos sobresaltados. La madre le pregunta por la estatuilla. El niño la mira y le dice: «No sé».

EN LA CIUDAD

La venganza

—¡Pucha! —exclamó Aldo al doblar la esquina y se detuvo. Doña Carlota estaba conversando con su padre al costado de su casa. Gorda, solterona, con las piernas chuecas y salpicadas de várices, doña Carlota era la vecina más chismosa del barrio. Nada bueno podía pasar cuando tocaba una puerta. Aldo pensó en retroceder para evitar el encuentro, pero ya era demasiado tarde, si lo veían huyendo iba a ser peor. «Lo mejor es actuar como si nada —se dijo—, así podré negar hasta la muerte cualquier chisme de la vieja», y con miedo, porque sabía lo que había hecho, recuperó el paso.

Sentado al lado izquierdo de doña Carlota, sujeto por una gruesa correa de cuero desgastado, estaba Martín, su único compañero. Al ver que Aldo se acercaba, el perro enfiló hacia él y empezó a gruñir. «¡Tranquilo!», exclamó doña Carlota, tiró de la correa con fuerza sin prestarle atención y siguió hablando. Martín se sentó sin dejar de mirar a Aldo. Era negro, chusco, de patas largas y veloces, de cola robusta y activa, de ojos marrones y violentos. «Perro del diablo», murmuró sin detenerse. De pronto, cuando ya estaba bastante cerca de la puerta, Martín perdió el control y se lanzó hacia él. Doña Carlota agarró la correa con ambas manos y contuvo el tirón. Ladraba furioso, empujaba

frenético, las dos patas delanteras quedaron suspendidas en el aire.

—¡Tranquilo!, ¡perro loco!, ¡tranquilo!

—Buenas tardes, señora.

—Ah, hola muchacho —doña Carlota retrocedió unos pasos, jaló a Martín, lo obligó a sentarse y lo sujetó con ambas manos por el collar.

—¡A ti te quería ver! —le dijo su padre bastante molesto y se hizo a un lado de la puerta para dejarlo pasar—. ¡Siéntate ahí mismo, que tengo que hablar contigo!

Aldo entró y se sentó, pero en realidad tenía ganas de correr, de escaparse. Pensaba que su papá estaba a punto de explotar y no quería estar ahí.

—Bueno, don Carmelo, yo ya me voy yendo. Tengo que ir a la plaza.

Martín no dejaba de ladrar, la baba salpicaba en gruesas gotas blancas y espesas.

—Vaya nomás, doña Carlota, muchas gracias por su preocupación.

—Por nada, don Carmelo, para eso estamos los vecinos. Adiós, hijo, ¡que te vaya bien!

—Hasta luego —dijo Aldo y bajó la mirada. «Vieja hipócrita», pensó.

—Vaya con Dios, doña.

—Gracias, don Carmelo.

El papá de Aldo esperó unos instantes en el vano y cerró la puerta.

—¡Vieja de mierda! —exclamó entre dientes, corrió el pestillo y volteó hacia Aldo—. ¿Qué has estado haciendo, ah?

—Nada, papá.

—¡No mientas!

—Yo no miento, es solo que esa vieja...

—¡Más respeto con los mayores, oye!

—Pero, papá, tú sabes que es una chismosa.

—¡Pero, nada! ¡No sabes acaso que es peligroso!

—Pero, papá, ¿cómo le vas a creer?

—¡Lo vas a seguir negando!

—(...) —Aldo sostuvo la mirada como una última defensa.

—¡Si lo vuelves a hacer, te friegas conmigo!

—(...)

—¿Me estás entendiendo?

—Sí.

—¿Sí, qué?

—Sí, papá.

—¡Ay de ti si te veo!

—(...) —bajó la cabeza.

—Peor, si doña Carlota viene a decirme —le dio un manotazo en el cuello y Aldo encogió el cuerpo.

—Ahora, ¡vaya a su cuarto!

—Ya, papá —se paró y caminó hacia la escalera.

—¡Ya sabes! ¡Lo vuelves a hacer y te jodes conmigo! ¡No vuelves a ver la calle!

—Sí, papá.

—¡Carajo!, ¡qué mierda tiene que venir esa vieja del diablo a mi casa! —tomó el periódico y se sentó en el comedor de diario.

Aldo entró a su cuarto, cerró la puerta y se dejó caer sobre la cama. Estaba molesto, ¿con qué derecho doña Carlota venía a inmiscuirse en su vida?, estaba furioso, ¡vieja del diablo!, la cólera hacía presa de la sangre, ¿en qué momento lo había visto?, ¿en qué momento lo veía todo?, ¡desgraciada!, ¡metiche!, tenía ganas de levantarse y romper algo, lo que sea, meterle un puñetazo a la pared para terminar de liberar la rabia contenida. Y su papá,

¿qué le pasaba a su papá?, no había explotado con él, era cierto, pero igual, ¿por qué no lo había defendido?, ¿acaso él nunca lo había hecho? Aldo estaba seguro de que su padre lo había hecho muchas veces con los amigos de la infancia y por distancias largas, larguísimas, pero se había olvidado de todo, como si hubiera nacido viejo, como si nunca hubiera sido joven. Antes su padre no era así, era más bien alegre, buena gente, hasta le gustaba ir al parque a volar cometa y a patear la pelota. Sin embargo, todo había cambiado con la muerte de su madre. Una nube ácida y oscura se había metido en el corazón de su padre desde esa tarde en la que regresaron del cementerio. Se pasaba los días sin decir una sola palabra, sentado frente al televisor o frente al periódico en el comedor de diario. Renegaba por todo y sin razón. Siempre con esa mirada de cólera infinita y vacío insondable que a Aldo tanto miedo le daba por explosiva, por impredecible.

Se levantó de la cama y se sobó el cuello, el manotazo le había dolido mucho. Empezó a dar vueltas dentro del cuarto. Sabía que ese día no volvería a ver la calle y ese pensamiento le produjo más ganas de salir que nunca. Se dejó caer sobre la cama. Tomó la foto de su madre que descansaba sobre la mesa de noche y la miró por largo rato. Pensó que ella seguramente lo habría defendido. Luego, cuando empezó a sentir la pena y la ausencia que se expandían en el pecho, dejó la foto en su lugar y cruzó los brazos. Tres años habían pasado y todavía la extrañaba, incluso había instantes en los que sentía que no se había ido, que en cualquier momento la escucharía moviendo trastes en la cocina.

El cielo raso albergaba todo el silencio de la tarde. La pena se confundía con la rabia, con la impotencia, con la soledad, con el castigo. Las primeras lágrimas

empezaron a resbalar por las mejillas. Al principio eran lágrimas de tristeza y de orfandad, pero, poco a poco, fueron deviniendo en lágrimas de cólera, sí, pero no contra su padre sino contra doña Carlota. ¡Vieja metiche! De súbito, unas ganas tremendas de hacerle algo surgieron en su pecho. «¡Eso es!», se dijo y se sentó al filo de la cama, «hacerle algo, ¡esta vez no se va a salir con la suya!». Se paró y empezó a dar vueltas por el cuarto. La luz blanquecina de la tarde se filtraba a través de las persianas. Cogió el trompo que descansaba sobre el escritorio, lo envolvió en la guaraca encerada y lo lanzó sobre el piso de parqué. «¡Vengarme, eso es lo que tengo que hacer!», se agachó y levantó el trompo, «¡una venganza de la que esta vieja no se olvide nunca!», lo dejó sobre el escritorio. «Eso es», se paró frente al espejo de la cómoda, «una venganza, la mejor de las venganzas».

Los ladridos de Martín se escucharon a la distancia.

* * *

—¿Vamos al parque? —lanzó Pacho a manera de sugerencia.

—Vamos, pues —dijo Aldo.

—No, mejor vamos a esperar la 23 —dijo Lucho.

—Sale —se animó Pacho y ambos se lanzaron a correr.

Aldo no se atrevió a decirles lo que le había ocurrido la tarde anterior y corrió tras ellos. Las pistas llenas de baches se sucedieron hasta que llegaron a la esquina en la que siempre esperaban la 23. Agitados, se sentaron al filo de la vereda. La tarde descendía lenta sobre el barrio.

—Ya debe estar por pasar.

—Sí, no he visto ninguna en un buen rato.

Cada diez minutos, quejumbrosos y cansados, los autobuses de la línea 23 sorteaban los baches enormes de las calles del barrio. La esquina que habían elegido era perfecta ya que tenía un hueco descomunal que obligaba a los autobuses a bajar la velocidad al mínimo antes de dar la vuelta.

—Ahí viene.

—Sí, sí.

—Tranquilos, tranquilos —dijo Pacho.

Sin moverse observaron la 23. Se acercaba, era un mastodonte de aluminio verde y rojo que resoplaba aceite quemado. Se detuvo en la esquina anterior y bajaron tres personas. Retomó la marcha emitiendo gritos de dolor metálico. La emoción se agolpaba en los corazones de los muchachos. Aldo tenía unas ganas enormes de olvidarse de las advertencias de su padre, «al diablo todo», pensaba con emoción mientras observaba la 23 aproximarse, «al diablo todo, al diablo».

—¡Tranquilos! ¡Tranquilos! —volvió a decir Pacho puesto que era necesario que el chofer no sospechara de sus intenciones.

La 23 se detuvo frente a ellos. La puerta delantera se abrió. Una viejita empezó a bajar muy despacio. Desde la vereda el autobús se veía enorme. Olía a grasa, a polvo, a locura.

—Apúrate pe', tía —murmuró Lucho.

—¡Tranquilos, tranquilos!

Ni bien terminó de bajar la viejita, la 23 recobró la marcha. Una nube negra los cubrió con el olor tóxico del plomo. Pacho tragó una bola de saliva. Lucho escupió hacia un costado y se limpió la boca con el antebrazo. El ómnibus empezó a dar la vuelta. Los músculos se les pusieron tensos en las piernas, en los brazos, en el cuello.